

EN TORNO A LA OBRA DE CARMEN ROSENZWEIG

INTRODUCCIÓN

Carmen Rosenzweig es una incansable creadora. En 1996-1997, el Instituto Mexiquense de Cultura publicó, en dos volúmenes, buena parte de su producción literaria, la obra se titula *Obrarreunida*, compilación de la producción escrita y publicada hasta entonces; pero, de ahí para acá, la pluma y la inspiración de la autora han seguido caminando.

Ambos volúmenes comprenden: "Hojas de expresión de un estudiante sin cartera" (1951), "El reloj" (1956), "1956" (1958), "Recuento para recuerdo" (1967), "Van Gogh y la juventud" (1970), "Esta cárdena vida" (1975), "Simone, el desierto. Simone, el huerto" (1979), "Volanteo. Hilera de tejas a cielo abierto" (1989), "La tentación de vida" (1989), "México, mi país" (1995) y "Hojas sueltas" (obra reciente). Esta producción es diversa y comprende varios géneros literarios. Está escrita en prosa y en verso: ensayos, novelas y poemas. Este trabajo propone el análisis de algunos temas de carácter filosófico.

HISTORIA A MANERA DE EXPLICACIÓN

Por los setenta estudié la licenciatura en filosofía en la que hoy es la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México; los vericuetos académicos y personales me llevaron más tarde hacia la historia, la política y la sociología; sin embargo, la filosofía ha quedado en mí.

en mi pensamiento y mi norma de vida como sustento importante para comprender algunas cuestiones más allá de lo que me han procurado las otras ramas del saber.

Si bien los seres humanos tenemos la posibilidad de elaborar una "filosofía natural" para responder nuestras preguntas existenciales fundamentales, es, gracias al estudio de la filosofía como ciencia, como he podido ir un poco más allá de lo que la filosofía natural me hubiera permitido.

Al leer la obra literaria de Carmen Rosenzweig, junto con el placer estético empecé a percibir el trasfondo filosófico de sus textos: los temas que aborda, las preguntas que plantea y las respuestas que propone.

Me remite no sólo a los filósofos clásicos griegos, especialmente a Sócrates y sus preguntas y respuestas fundamentales sobre la existencia, sino también a aquellos *tlamatinime* o sabios de los que se habla en la historia náhuatl, de los consejos que los sabios y los ancianos daban a los jóvenes de entonces y me permitió entender, aún más, que si bien los hombres cambiamos nuestro entorno y nuestra apariencia, la esencia, entendida como lo que nos identifica y nos diferencia de los demás seres, difícilmente cambia y que, a pesar de las distancias temporales y espaciales, son muy parecidas las preguntas que nos hacemos para poder vivir sin tanta incertidumbre y angustia, frente a lo incierto que significa nuestro futuro inmediato y mediano, junto con nuestro pasado y presente.

LOS PROBLEMAS

Carmen Rosenzweig, a lo largo de los textos mencionados, manifiesta algunos tópicos que se tornan constantes: la nostalgia por el pasado y la angustia por el presente y el porvenir, la relatividad de la vida humana, la angustia por vivir, el carácter del pensamiento, el problema de la fe religiosa y la creencia o la ausencia de ésta en un ser superior y creador de todo lo que existe, la angustia que provoca en el ser humano la creencia en un ser superior, el significado de la vida cotidiana frente a lo

trascendental, el tiempo, el porqué y el para qué de la existencia, el misterio de la vida y de la muerte, la mujer y el hombre, la madre, el ser y la nada, la necesidad del otro, la soledad, el amor, la autenticidad y la apariencia humanas, los valores, la angustia por el mundo que hoy estamos viviendo y las consecuencias de esta manera de vivir.

Algunas preguntas las responde, otras las deja seguramente para la reflexión del lector, para que encuentre sus propias respuestas. Difícil es que éste no haya hecho alguna vez preguntas semejantes, y es probable que haya llegado a respuestas diferentes a las de la autora; comparé las propias y, en algunas, nos parecemos, ¿cuestión de género?, en otras diferimos, y en otras me ayudó a estructurar mis preguntas y respuestas. Me atrajo la manera en que aborda estos temas, un tanto lejos de las rigideces y teorizaciones a las que nos llevan las obras de los filósofos estudiados durante la formación académica. El estilo de Carmen Rosenzweig no pierde la profundidad de aquéllos aunque, en ocasiones, acude a la ironía y al buen humor que facilitan la lectura, sin trivializar el esfuerzo reflexivo que requiere.

Si su obra tiene mucho de autobiográfica, esto me permite entender algunas de sus frases:

Parece suceder que a mí me pusieron más granitos en el cerebro de los que se necesitan para contener un buen individuo de mi tipo común. ¿Qué es lo necesario? Verá usted, uno alquila sus manos pero otro piensa. (*Hojas de expresión de un estudiante sin cartera*, 1-28)

A esta escritora le pusieron más granitos en el cerebro, por eso su angustia por Dios, entre otras. En sus personajes se perciben, lo mismo que en cualquiera de nosotros, cambios profundos en el pensamiento y en las creencias:

Creo que en mí no existe [Dios]. Dejé de cultivarlo hace mucho tiempo y le guardo rencor a su presunta esencia [...] Creo que sobre todo Dios es un hábito cualquiera. Se contraviene aquel hábito y hay remordimientos. Se desposee de ese hábito y ya no hay contravenciones que puedan remorder. Ya no hay nada. (*Hojas de expresión de un estudiante sin cartera*, 1-40)

La pérdida de la fe en Dios libera al hombre de su infinita y eterna vigilancia, pero queda solo "sin la gloriosa tutela para caminar, para recibir y para dar"; esa soledad le provoca mayor angustia que la que padece quien cree en Dios. He aquí uno de los grandes dilemas del ser humano. Rosenzweig pregunta: ¿dónde hallarse con otro Dios para llenar el huequito?, ¿habrá otros caminos para llenar los vacíos humanos?

Detesto mi larga pasión con Dios. Lo he perdido y, sin embargo, no tengo amargura. El hombre debe ser racional. Debe refugiarse en el conocimiento. Debe aprender Historia. Debe ser humilde y debe morir. (*El reloj*, I-97)

¿Será ésa la misión de los seres humanos? Me angustian más que tranquilizarme las respuestas de esta autora; considero que el racionalismo puro y la confianza plena en la razón humana, a la manera de los racionalistas del XVII y XVIII, no han sido buenas soluciones para los problemas que aquejan cada día a cualquiera de nosotros; creo que algo semejante piensa, por eso su pasión por la literatura.

El "huequito" que le ha dejado la ausencia de Dios no es el único, la vida le va dejando muchos más, el paso en el tiempo, la pérdida de sus próximos considerados como prójimos, la pérdida de su juventud, también le ha dejado vacíos:

Qué triste me veo al destapar mi pasado y considerar su desembocadura. Hoy, tan oscuro todo desprovisto de situaciones que contengan interés. Hoy, conteniendo la posibilidad de mañana, todavía peor yendo en descenso la juventud y prostituida la inteligencia. (*Hojas de expresión de un estudiante sin cartera*, I-23)

El transcurrir en el tiempo pesa: "el paso del tiempo, ese funesto, calladito, desplazamiento de uno mismo hacia el no ser, sensiblemente pero con memoria" (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-157).

La vida corre sin consideración de quien la vive, "ya siento mis años áridos en los que una va notando que la vida se adelgaza, que se vuelve lineal, enfermiza, maniática, quejumbrosa, pesada, poco simpática, tediosa. Diría yo que le falta sentido al vivir" (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-122).

Aparece la búsqueda permanente de sentido y el

interrogante de si lo que hacemos lo tiene y si vamos a obtener algún fruto de este diario y esforzando vivir en el tiempo, a veces, sin sentido y sin raíz. "¿Acaso de verdad se vive en la tierra? No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí" ya lo había sentenciado Nezahualcóyotl. "No puedes entrar dos veces por el mismo río, pues otras aguas fluyen hacia ti", según la máxima de Heráclito, quien precisa que lo único que permanece es el cambio. Carmen Rosenzweig lo dice:

La memoria acostumbra exigir material constantemente cambiable dentro de lo que se puede, dada nuestra constitución de poquitería humana. Se vive. Se tienen sus propias cosas. Se es profundamente egoísta. Se da una por gotas a quien quiere bien, a los otros se les oye y las orejas no oyeron nada en definitiva. (*Hojas de expresión de un estudiante sin cartera*, I-24)

Los seres humanos nos esforzamos por alcanzar el absoluto, hablamos y queremos que los demás consideren nuestra verdad como la única y acabada, sin darnos tiempo para reflexionar sobre nuestra "poquitería humana", sobre las limitaciones inherentes a nuestra propia condición humana y que Norberto Bobbio confirma al decir *sabemos más y más sabemos que no sabemos*; hoy sabemos más que ayer y somos más conscientes de que no sabemos. Bobbio dice que un buen principio, el mismo al que la autora nos invita, es aceptar la humillación de nuestra inteligencia y condición humana, reconocer que somos hombres y mujeres de inteligencia y naturaleza humillada, poquita, para procurar cada día disminuir un poco nuestra "poquitería"; a esto, Rosenzweig también le llama "luchar por vivir", que puede traducirse en luchar por lograr:

Un problema físico me revienta en las orejas: ¿llegarás a ser la mujer de alguien? Yo lo deseo, yo quiero no ser un sujeto solo durante toda la vida. No sólo de ideas vive el hombre. Amo a mi fantasma de madre, no veo a Dios, verifico mi estúpida tarea de mecanógrafa, y espero. (*Hojas de expresión de un estudiante sin cartera*, I-38)

¿Qué es lo que esperamos? La vida está hecha de relatividades, para esta escritora sólo la muerte es absoluta, incluso respecto a Dios guarda una posición específica al afirmar que hasta él es

interpretable; sin embargo este relativismo deja en el alma, en sus personajes, una sensación de vacío, de ausencia, de angustia, ¿es que la reflexión lleva a esto?, ¿es mejor la ignorancia y la bendita inocencia para librarse?, ¿cuál será el fruto de mi vivir?

La vida se concibe como una oportunidad pero, a la vez, es un "receptáculo provisional", dos grandes pizarrones donde permanentemente se anotan los nombres de quienes nacen y quienes mueren. La vida como un gran campo de "canicas", unas más jóvenes que otras, unas más relucientes y atractivas que otras pero, al fin y al cabo, todas comprendidas en un mismo juego que es el del vivir; esto le resta solemnidad a la vida, aparentemente, porque lo cierto es que nos invita aún más a la reflexión sobre el significado de nuestro existir y el de los otros:

(Sólo quedaban del Juego algunas canicas mayores, es decir, canicas que ya alguna vez debieron gozar con el juego maravilloso y lucir como ahora lo hacían las canicas más numerosas. Estaban aquéllas tranquilas y esa tranquilidad debía reportarles a su favor el reconocimiento, por parte de las otras canicas jóvenes, de que, si bien no lucían tan espléndidamente por arriba tenían otra clase de hermosura, la de la experiencia; sólo que en una reunión de este tipo no relucen más que los colores próximos y por eso las canicas mayores se veían algo opacas ya, y algunas mostraban rajaduras más o menos visibles y otras cansancio; ellas ya habían rodado gran parte de lo suyo y su entusiasmo era diferente que la alegría de las otras). (*El reloj*, 1-98, 99)

La muerte resulta una reconciliación con la vida y con Dios, pero, ¿para eso es necesario llegar a ella como lo único absoluto en nuestra propia finitud?

[...] la muerte me gana, de dónde asirme, y veo que va a venir Cristo a estar conmigo, a paliarme mis sufrimientos, a darme consuelo, Cristo, a decirme que el sufrimiento tiene un sentido, que la vida tiene un sentido, que la muerte lo tiene, la muerte, Dios mío, yo no la quiero aún, pero se cumplirá tu Voluntad, iré Contigo, donde hay paz, en el Cielo. (1956, 1-169)

La autora habla así de la muerte de su padre, soportable por la figura de Cristo; sin esta fe, ¿el padre la hubiera enfrentado de la misma manera?, ¿qué sucede con quienes han perdido la fe e inevita-

blemente tienen que enfrentarse a la muerte?, ¿cómo vencer el miedo?

Al hombre vivo lo paraliza su miedo, ésa es la muerte y todos los hombres tendrán su muerte. Y cada uno, en su momento último de vida, no podrá considerar que morir es un acto tan absolutamente común como lo son los otros de vivir, de comer o de procrear, y no tendrá consuelo de sentirse hermano de todos los hombres porque delante de la muerte no hay hermandad que valga. (*Recuento para recuerdo*, 1-297)

La desesperanza le hace decir "no creo que salgan brotes milagrosos. Dios ha muerto, mi padre no se levanta más". Antes había perdido también a su madre:

Ningunos signos de alarma delataban tal situación del momento sin remedio humano de ser huérfana, a no ser demasiados pasos quedos y severos y su ausencia, que me parecía de pronto que iba a aliviar ella al fin, como parte última de una infausta travesura adulta en la que me hubieran hecho participar desventajosamente, como un sufrimiento que estaba resultando ya demasiado grande a mi abandono, éste, precio entendido de un castigo que ciertamente se me habría podido infligir.

Ella iba a abandonar de seguro el terrible escondite en donde estaba, e iba a volver conmigo a abrazarme y a estar juntas otra vez, olvidando las dos ya el bárbaro susto. Pero no fue de ese modo, porque sus pasitos risueños y dulces que cobijaban toda mi vida, no se me acercaron. (*Volanteo*, II-174)

Surge el deseo de comprender los grandes misterios de la vida y de la muerte, del tiempo y del espacio, del ser mismo, de lo que existe, incluido por supuesto YO:

El ser pesa sobre mí. Me asedia. El ser está en todas partes. Siendo paisaje, roca, mueble, planta. Seres en sí, siendo solo seres, y nada. Quiero captar el ser, quiero captarlo y me encuentro solo conmigo. Captar o no el ser. Muro. Aplazamiento. Ser. Y Nada. (1956, 1-134)

Quien ha traspasado el umbral de la vida para pasar al mundo de la muerte, según Rosenzweig, ya está en el plano de lo Absoluto, sus preguntas han sido contestadas y sus dudas resueltas; el que quedó vivo sigue ignorando el significado verdadero de su último destino, sigue elaborando conjeturas y atormentándose por lo incierto de su fin. Sin em-

bargo, pronto olvidamos a nuestros muertos “el olvido es moneda corriente entre los humanos. Con ella nos pagamos todos”.

La muerte de los seres queridos hace más grande el sentimiento de soledad que nos acompaña a lo largo de la vida. La necesidad de contar con “el otro” es permanente a través de la existencia humana. La soledad le hace soñar a uno de los personajes con la posibilidad de ser todo poderoso: “si yo fuera todopoderosa, no habrían [las mujeres] de envejecer sin varón; todas, todas habríamos de estar asidas y asistidas de una mano del hombre”. (1956, I-159)

El paso de la vida le hace decir:

Habré de ir amaneciendo vieja
sin madre
sin padre
sin un amor profundo
del corazón y la carne
sin un hijo mío. (1956, I-186)

No sólo la muerte y la soledad provocan angustia; la vida, el vivir también es angustiante, y todavía más cuando la muerte se anuncia al paso del tiempo, que es imposible detener:

Me voy tornando agria, madre. Porque silba, azota, cae en mi ser consciente el desaliento. Y llamo a la idea, a la idea cobarde. Pero, claro, siento miedo. Mejor me quedo en mí, y aferrándome en mis huesos jóvenes. Aunque puede ser: que mi fuerza pueda hacerse tenue. (1956, I-128,129)

El hombre es el eterno interrogador, a sabiendas de que no podrá encontrar respuestas únicas y definitivas, pero ahí está una de las razones de su propia grandeza, encontrada, paradójicamente, en el reconocimiento de su plena y absoluta pequeñez: “Amor desmesurado cabe en el hombre, amor infinito cabe en el hombre. Largo gemido de dolor cabe en el hombre. Todo cabe en el hombre. Todo, todo”. (1956, I-142)

Los personajes de sus textos se atreven a mucho, incluso a definir lo que es la vida, lo que significa vivirla plenamente por quienes hemos tenido la casualidad, no la necesidad, de vivirla. Todos somos relativos, meros accidentes, ningún ser humano es necesario para la existencia del género humano como tal, sin embargo, cada uno tenemos

la posibilidad irreplicable de experimentar la vida:

¿Qué decimos que es la vida? Oh decir trivial, admirable, vivir es [...] vivir mucho, no con el largo del tiempo, sino con lo hondo. La vida es la incursión accidental en lo eterno humano, soy un ser corto, un nido grande de hábitos necesarios, un corazón finito, pero tengo posibilidad de penetrar lúcidamente fugazmente intensamente en la eternidad humana. (1956, I-138,139)

Los viejos amados por ella, a la usanza de los viejos del mundo mexicano antiguo, le dieron enseñanzas de cómo vivir, oyó que la vida es ardua, complicada, “lo sabemos, pero tiene mucho de bueno”, debemos ser responsables “de asumir todos los riesgos y no decaer”, es fácil caer en la queja y el desánimo, en cambio a su tío Plinio:

Se le había oído alguna vez (metido dentro de su sarape, dentro del frío, dentro de sus posibilidades de convivencia con los otros, de tranquilidad con los otros, de almorzar, de trabajar, de dormir, él), gritar buenamente: ¡viva vivir! (*Recuento para recuerdo*, I-314)

Este viejo y sabio Plinio nos recuerda a Federico Nietzsche cuando exclamó, al ver sus condiciones de vida y salud: ¡Si ésta es la vida, que venga otra vez!

El sabio tío Plinio que de la creación dedujo la existencia de Dios a la manera de Santo Tomás de Aquino dice:

Dios debe ser algo grande, y después de que nos recoja lo conoceremos y gozaremos mejor que aquí. Él debe ser muy poderoso y muy bueno, miren nomás la hermosura del campo, y Él fue quien lo hizo. (*Recuento para recuerdo*, I-314)

La vida es ardua, el sufrir es una constante. “Ninguna conciencia llega virgen de golpes a lo alto de su vida”, ¿será el sufrimiento elemento constitutivo de la existencia humana?

Me amontono con muchos recuerdos y me fundo en ellos, como cuando en grandes épocas me ha acuciado la soledad, el sexo, la cuestión de nuestra finitud, lo desalmado de la muerte, el estallamiento de estar viva. Dispongo de dura potencialidad de actos e ideas bullentes, por otro lado, parece ser que es éste, precisamente, el camino de trasiego de todos los comunes mortales. (*La tentación de vida*, II-213)

Pero si la vida fuera puro desastre, escribe, ya se

hubiera parado. Esta cárdena vida actual, ¿a dónde nos lleva?

El hambre brava ¿llegaremos a alcanzar la inanición?, la procreación distraída, el egoísmo cegato, la cópula pronta, importamadrismo, enanismo, yo me consumo cuando consumo, los conceptos fundamentales remotos, o sus remedos. El gatoporliebre acuciando. (*Esta cárdena vida*, II-72)

Una sola vez se viene a la vida, luego mejor es no preocuparse por la muerte dejando pasar la existencia:

Los ojos que tienes ven suficiente hoy, y tus pasos pueden ser, uno felicidad, dos pan, tres sabiduría. Si te buscan los colores tristes córreles hasta que los espantes de ti. Porque vivimos esta sola vez. La muerte no la entiendes ni los grandes tampoco. Entonces tenemos que acomodarnos todo el tiempo en la vida. (*Esta cárdena vida*, II-69)

Un poema anónimo del pensamiento náhuatl dice: "¡no dos veces se nace, no dos veces es uno hombre: sólo una vez pasamos por la tierra!" La ensayista escribe en *Simone, el desierto*. *Simone, el huerto*: "muerte, dame otro respiro porque aún no tengo mis cotizaciones cubiertas, para morirme en paz mía y en sosiego de los míos". ¿Cuándo estaremos listos para morir?, y si la vida sólo se vive una sola vez, ¿podemos desperdiciar la única oportunidad que tenemos de vivirla a plenitud?

Por eso, sin la fuerza de haber vivido "no podrás seguir abriendo los brazos al portentoso misterio del ser", "qué bello es vivir" si nos damos cuenta de nuestras pequeñeces y singularidades, sin perdernos en lo grandioso y relumbrante, pero irrelevante:

Enfrentamos una escasez angustiada de sentido común debido a que vamos desmantelando quedadamente nuestros ideales genuinos, por andar metidos, solos, en una rutina deformante: bulto pesado del deber y del hacer, sin murmullos fundamentales, en el filo de la hambruna y el desencanto. (*Volanteo*, II-189)

Esta cárdena vida me hizo recordar una de las alegorías que Platón aborda en el *Fedro*, la de la carroza, en la que explica la manera en la que cada uno guía su existencia; asimismo Heráclito y la lucha de contrarios, afirmando, a la vez, la final armonía entre ambos:

Siempre hay dos, que son contrarios, juntos: es el grande y el pequeño, el frío y caliente. En lo hondo de uno andan dos culebritas que jalan para todos lados que no son el mismo, o no culebras sino caballos o lumbres, pero, como opuestos, si no los aprehugamos bien nos aniquilan. (*Esta cárdena vida*, II-69)

La voluntad humana es un gran recurso para vivir sin tanta angustia y desasosiego; hombres y mujeres padecemos problemas semejantes, no exclusivos, lo mismo padecen los grandes que los pequeños:

He ido de aventura en aventura inmensa y no tengo las manos vacías. La condición humana es idéntica en todas partes, cuando lo es. Tengo fuerza, tengo voluntad y libertad de ser, capturo la grandeza incommensurable de vivir. Dios existe y también el hombre. Duramos muy poquito, pero lo duramos con toda intensidad. Soy feliz porque guío mis pasos y los conduzco, en el fondo, a mis más prójimos sobre otros. (*La tentación de vida*, II-213,214)

La vida es riesgo pero a la vez es juego, es necesario vivirla en todo lo que su grandeza significa, sólo así valió la pena vivir, aún en esta turbulencia, "¡álcense ramas mías, nunca alas y ramas rotas! el horizonte es inmenso", escribe en *Volanteo*.

No sé si pueda ser calificada de feminista, pero sí de mujer consciente de la condición femenina, y para ello no se necesita ser declarada filial de alguna corriente:

Ver y reflexionar si es preciso: puestos políticos primeros, o de sacerdotes, de aviadores, filósofos, cirujanos y otros puestos; es del orden masculino el privilegio de asumirlos casi exhaustivamente. O sea que hay una clasificación muy clara de los sitiales a los que sube el hombre y aquellas sillitas terceras o cuartas que pueden alcanzar las mujeres. O sea: se reconoce y se abre una puerta ancha; y se es prudente y hasta mezquino con una puerta denominada menor. Claro que por las dos puertas se llega, pero por una, además de saber llegar, se necesitan aptitudes de malabarista o excepcional madera cristiana. A cambio, a las mujeres se les reconoce amable y fácilmente primor social y doméstico, su dulzura vital, su capacidad de amor y a veces de soportar tragos duros. (*Recuento para recuerdo*, I-275)

También la "condición natural" de la mujer, (como concepto universal), madre abnegada y esposa fiel, aparece en la obra de Carmen Rosenzweig,

enmarcada en una ambigüedad de sentimientos que lo mismo provoca burla que admiración. Así se percibe en la confesión que frente a un sacerdote hace una mujer:

Padre, soy virgen contra toda mi voluntad. ¿Con qué objeto nacieron las mujeres sino para ser madres algún día? No quiero morirme sin haber tenido hijos, un hijo solamente, padre, Yo quiero casarme. (*El reloj*, I-79)

Sin embargo, asegura la escritora, en la mujer del presente existe mayor posibilidad de vida plena que en la de los años pasados:

Rita cedió a Cósimo desde muy joven. Toda, como era habitual en el milenio anterior. Porque en éste que corre es ilustrativo cómo ya las niñas ritascósimas, contemplativas de varón de tiempo absoluto, desaparecen. Los atributos de Rita en esa época eran mansedumbre e introversión, así como enteco discernimiento de su posición en la tierra. Era el acto de nacer, la nacían a una, y después crecía y entraba a la edad de merecer (de tono rigurosísimo era darse a desear largamente antes de la unión carnal) y, de bruces bruscas y pánicas al ritual del matrimonio, para inmediatamente después reproducirse y por último declinar, si suave y risueñamente mejor, y voltear la cara al cielo y a los actos píos hasta reposar finalmente. Así de generación en generación. Era esa la estructura hacia la que se tendía, si mujer, o al menos a la que se debía una habituar, como posibilidad señera. (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-84)

Hay mujeres que se han opuesto a esta condición de desventaja frente al varón, pero la mayoría lo hacen quedito, en sordina. La mujer no es una estatua, es un ser en movimiento, "por tanto si tú no lo quieres, no vives te paras te atorras te atrofias" (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-167). Si la mujer se atora y se atrofia, que sea su libre voluntad la que lo decida.

La ensayista admira a la mujer en la figura de sor Juana:

Sor Juana "[...] y se acaba allí, trivial, descarnada, patéticamente, dando auxilio a sus hermanas y dejando su patrimonio a los pobres, trivial, irritante, molesta, abundantísima especie de todos los tiempos (porque ¿no es más cómodo ser sólo pobre sin agarrar un solo riesgo de los multiplicados que existen cuando palpa verdaderamente el hombre el

suyo?)." (*Volanteo*, II-181)

Sor Juana murió a tiempo, cuando la vida, a la manera de Gutiérrez Nájera, "dice aún soy tuya, aunque sepamos bien que nos traiciona":

Con sesgo profético, puesto que nunca descendió ella monja mujer a los años de achaques, decrepitud o abandono, le dice a una rosa que, por lo efímero-de-su-ser-hermoso, desconoce "el ultraje de ser vieja". (*Volanteo*, II-182)

El mundo contemporáneo asusta a nuestra escritora, el crecimiento de la población, especialmente de la mexicana, le hace escribir de manera jocosa pero, a la vez, preocupada que en algún código debían de escribirse con mayúsculas estas palabras: "LA VERDAD LES DIGO QUE LOS PÁJAROS FRONDOSOS NO ENTRARÁN EN EL REINO". (*El reloj*, I-59)

En otros pasajes de la obra adopta un tono solemne, semejante a las sentencias bíblicas contenidas en los *Proverbios*, dando con ello pruebas de la sabiduría acumulada en éste que puede ser el arte de vivir:

La envidia en proporciones razonables es beneficiosa, pero llevada a extremos desagradables no puede sino producir individuos igualmente desagradables y, además, continuamente desgraciados. (*El reloj*, I-78)

Del amor dice:

El amor: son los hombres que están juntos cuando se acerca la muerte a buscar a uno.

Es una noche cruda. Sin tiempo. Sin esperanza.

Nunca me imaginé que enamorarme fuera así. De haberlo sabido, me hubiera quedado quieto, no más que con los tropezones de la escuela. (*Volanteo*, II-185 y 193)

Amarse, dice, es un verbo compartido, no solitario, es universal e intemporal; el riesgo que corre el amor es que sea mecanizado, repetido, imitado; eso es igual a desconocerlo.

Ama a México, pero también critica a los mexicanos:

México, la ganga, la tierra de nadie de entonces a por siempre jamás; el *business*, el *Mexican style*, las falsas identificaciones, el chili con carne, la raspa gringa en firme constituida por negros chicanos y mexicanos; el aquí todo se puede con espangliches acharolados que no hacen parar escrúpulos. El equilibrio todo despatarrado. El mariachi en fin, anglo-

sajón, entonando, con hipos rancios y ajenos, el *adiós Mariquita linda* y cocas y hamburguesas *per saecula saeculorum*, deteniéndonos, sólo por poco tiempo ya, antes de desaparecernos y sin la identidad propia de siempre entrañable, en lo superficial de calendario magazine y de noticieros sonoros. (*Volanteo*, II-201-202)

La muchedumbre solitaria nos empuja al anonimato y a la imitación, a evitar el riesgo y el compromiso, la utilización que yo hago del otro y la que el otro hace de mí, lo mismo que usamos las cosas. La ensayista dice “se va volviendo inaplazable nítidamente, sin ninguna genuflexión mecánica, la reflexión para no bajarnos de ser a enseres” (*Volanteo*, II-190). Habla así de la cosificación del ser humano que Emmanuel Kant abordó en el siglo XVIII.

La rutina y la costumbre pierden al mexicano “tantos años van pasando en lo mismo, lo mismo, lo mismo, que acaba uno por cosificarse” (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-90). El diálogo, la lectura, la reflexión, pueden ayudarnos a evitar nuestra propia cosificación y la de los demás. Olvidar lo que estorba a nuestra vida, seleccionar sólo lo entrañable, lo importante. “Callejones oscuros del no ser, o del ser inauténtico, años próximos nuestros si nos descuidamos. No, no, no” (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-107). Hacer coincidir nuestro decir con nuestro hacer y ser; eso es auténtico. Pero en el mundo actual “se siente el retumbar metálico de los robots, ya no muy lejos” (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-118).

La escritora cree todavía en su país y en los mexicanos, en el gobierno y la política, “porque si no creyera, mexicano no fuera”, pero pide a Dios le dé motivos para apuntalar su fe y reza:

No te desesperes. Cósimo, tal vez nos arreglemos un día. Y si le comenzáramos, alejaríamos nuestra lista de enfermedades de siempre, pero más peliagudas hoy: salsipuedismo, imp mad ismo (ésta es la endémica principal), susceptibilitis, insignificantisimo, huelgonitis, mexiquitis, freseología, bravuconismo, brazocaidismo, fregonitis, otitis crónica, etc. Pienso, mexis de todas sayas, por qué no saltamos del bachote de una vez por todas, para que no nos jodamos, nos pudramos, nos hagamos

talco, nos desaparezcamos como especie humana de primera y descendamos, para siempre jamás, a la subespecie mexigranelis, amén. (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-134)

Mexicanos, uníos, dice, podemos ser verdaderos individuos auténticos y de naturaleza humana digna, y no pasar por la vida “como agüita tibia que se secó y nada dio porque no pudo. Aquel que toma riesgos vale, por el arrojito que despliega, no olvidarlo”. Ojalá que estas palabras dichas a través de Simone, no sean una prédica en el desierto.

La época actual no sólo amenaza con la extinción de diversas especies de seres vivos; su deshumanización, a la manera del existencialismo francés, amenaza con la extinción de la poesía y del sentido de vivir, puede acabar con el “borboteo de la vida”.

No nos hagamos hombres *light*, como dicen los gringos, mayonesa *light*, ya que la otra, además produce colesterol; el café, descafeinado, porque si no, produce insomnio, la leche, cerveza y tabacos *light*, vida sin vivencias, sólo de superficie tal vez por no atrevernos a más, con riesgos. Sin la sal de la vida, ¿a qué vino uno a vivir? (*México, mi país*, II-258)

La libertad nos permite escoger nuestro destino, el hombre nace fatalmente libre para construir su propia existencia. A la manera de Sartre, escribe:

Siñ una lucha cruenta, y eso reza con todas las mujeres y los hombres por parejo, no se gana una gran batalla, o bien nos plegamos en ganar batallitas sólo, que no cuentan en grande para nadie. La gente se deja ir, claro, por lo que aparece a primera vista, y además como hay muchos, tal vez demasiados a veces, nubarrones, se desiste del esfuerzo que conlleva el acto inmenso de vivir, y se tira a la tristeza e inercia y a la murmuración acerba o descolorida, pero murmuración modesta y no vive sino vegeta. (*México, mi país*, II-249 y 250)

La vida ofrece la posibilidad de vivir como dignos seres humanos, no sólo cómo máquinas de trabajo o de ocio: que quien ocupe el lugar del mando “ame a su pueblo”, que no abandonemos nuestras raíces, lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos, y dice, “así sea”. Pero, debemos tener cuidado porque “el desierto está en todas partes, la ruina está en todas partes, el chiste y el sentido está en que a

pesar del desierto se den tres briznas de inmenso pasto" (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II- 138). Carmen Rosenzweig es una de esas briznas.

Ella adopta el papel de maestro, de sabio, de *tlamatinime* nahua que aconseja y orienta a los jóvenes, por ejemplo, a los jóvenes escritores, a quienes sugiere:

Ser escritor de cuentos, o de lo que sea, es antes ser hombre que tiene vida, sensibilidad y algunas experiencias. Además inclinación capaz. Y sobre todo, tal vez sea necesario que haya tenido que sufrir, un poquito acaso, en algún tiempo. Eso posiblemente da un corte de profundidad en la creación. (*Recuento para recuerdo*, I-236-237)

El artista es creador, auténtico, bondadoso y comparte con los demás sus propios dones, no es egoísta, es fuerte y no se amilana fácilmente. Esto no es exclusivo de los artistas, sino de todos los que hemos llegado a esta cárdena vida:

Creo que lo que define al arte y a la vida es la autenticidad, y si no nos abandonamos a nosotros y sacamos constantemente la fuerza y el coraje de estar vivos y actuantes. Por otra parte, tengo el convencimiento profundo de que dar y compartir son los actos prodigiosos con que se templan los hombres, tanto como de que los milagros existen todavía hoy, si le damos cabida y los arropamos hasta donde más haya que hacerlo. (*La tentación de vida*, II-243)

A riesgo de parecer un tanto abusivo, me atrevo a copiar este pasaje, su riqueza me impidió ya no tanto el resumen, sino siquiera una interpretación:

Si un escritor escribe, tiene el deber de obligarse a alimentar una perspectiva permanente y a vivir con la intensidad de que sea fuerte y capaz para el cumplimiento. Tenemos tantas vereditas que desvirtúan el camino formal, cartabones sociales limitantes, tiempo de recrear que desatendemos por razones anodinas, que, para escribir bien se requeriría no sólo el manejo diestro, en el que tampoco hoy se tiene mucha cuenta, del oficio (siendo sensible, ingrediente primero, larguísimo retener, disponer, siempre investiga y cava que cava, removiendo todas las arenas para hacerse ágil uno y fuerte, y pronto a saber caer no obstante en los reveses y revolcones; es necesaria inacabable paciencia, de veras, para sentarse a escribir en la vida. Haber de amor y terquedad con que tú sueltas obsesiones y aun chinches, tras el logro del pliego que cae naturalmente, el ajuste exacto del engrane, el anillo al dedo de la

expresión que permanece, apuntando a la excelencia del oficio. Estando en él simplemente queda prohibida la inercia y los abandonos: voy empujándome entonces al desierto agresivo de la hoja y cuando parece asomar el hallazgo —a veces está o es espejismo, a veces tarda años, en otras más, nunca surge óptimo— lo capturo. En finales de esta cuenta, escritor yo, no dejo de apuntar habitualmente todos los registros para su espigue posterior ni delego, del mismo modo, a la memoria; tú escritor sé moroso, receptivo, armando a todas las palabras que nos son desde que nos acordamos de vivir) sino de una férrea solicitud hacia sus exigencias peculiares y específicas más allá tal vez de los que requiere otra profesión, porque todo su inmenso aparato e instrumental no son apenas tocables. (*Volanteo*, II-182-183)

La obra del escritor exige "echar y replegar las redes diariamente"; este trabajo no debe acabar con la paciencia del que escribe, el hallazgo literario es precisamente el producto de la pesca hecha con fe, amor y sentido.

La literatura, creo, no es adorno ni un producto perfecto del espíritu, aunque frío muchas veces, sino creo que es fermento, placer, escrúpulo, agonía, alegría, y por qué no, si hay, *merde*: la vida. (*Simone, el desierto. Simone, el huerto*, II-155)

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El carácter de este trabajo permite ofrecer al lector una prueba de la obra de Carmen Rosenzweig e invitarlo a leerla y disfrutarla.

Su estilo es ameno y aparentemente no requiere de gran esfuerzo para su comprensión, *aparentemente*, porque tras de esa ligereza con la que a veces escribe, el lector encuentra una rica veta sobre la que es necesario hurgar y reflexionar más de dos veces.

El lector encuentra la sabiduría de una mujer que ha aprovechado la oportunidad que tuvo de vivir y que no ha desperdiciado; la literatura, como dice, *no es* un adorno sino un hallazgo amoroso con la vida que le ha permitido encontrar su propio sentido y no "vivir por vivir". Dichosa ella que ha podido hacerlo. LC